

EL INDÍGENA RAMÓN

Santiago Aizarna

Hay lugares que gozan de la particularidad de conferir algo como un sellado especial a las personas que allí nacieron o que allí viven, una caracterización determinada y muy específica que nos indique su lugar de procedencia, y entre los agrupamientos urbanos que esa clase de tatuaje imprimen -de los que se podrían citar como de estampillados muy notables y de muy reconocibles estereotipos lugares como Bilbao e Irún, junto con otros más o menos precisos-, yo diría que está la villa de Rentería, muchos de cuyos habitantes me parece a mí que van marcados con una tipología característica, como le ocurría, creo yo, a mi buen amigo Ramón Múgica, fallecido este año pasado y cuya figura evoco. A la hora de clarificar y explicar de qué tatuaje se trata, me vería en una difícil tesitura, pues son cuestiones en donde interviene tanto la apariencia física en general, con especial reflejo en la disposición y contextura de la cabeza (por lo que tendríamos que entrar en el tema tan debatido de las braquicefalias, dolicocefalias, etc, al margen del estudio de las protuberancias tipo Gall, Lombroso, etc, etc), como en los ángulos y anfractuosidades del rostro, en el coloreado matiz de los ojos, en la napiología en la que por el desmesurado crecimiento de las nuestras tanto tenemos los vascos de qué hablar, el abultamiento de los labios (dicho sea antes de que a todos, y sobre todo a todas, les dé por insuflarles materias siliconadas, como está sucediendo), en el prognatismo...

48



Acaso, esa característica imprimación a la que aludo, sea más difícil de detectar en estos tiempos. Sucede que, en las tierras de aluvión, los distintos estratos o capas van superponiéndose a medida que nuevas avenidas de gentes van viniendo, y la Rentería de hoy es producto de aquella oleada inmigratoria de la posguerra, cuando era una Villa que absorbía y asumía, con admirable espíritu de convivencia y

solidaridad -y hasta con fraternidad, pudiera decirse-, todas aquellas masas de gentes que su pujante industria necesitaba. Por eso repito que, quizá, sea muy aventurada tarea el hecho de ir investigando para encontrar ese tipo característico del indigenismo renteriano, más típico que tópico por supuesto, en estos momentos en que hay una cierta confusión de gentes, restos de procedencias tan diversas.

Pero yo he conocido aquella otra Rentería que daba especímenes mucho más clasificables. Era una Rentería mucho más pequeña por supuesto, aunque, seguramente más entrañable también, pese a que, en este punto, todos los humanos acostumbamos a regazarnos y hasta a regodearnos un poco en nuestra infancia que va acunando con mimo nuestras más acendradas querencias y cada uno coloca en la suya sus preferencias. Era la Rentería que llevaba, antonomásicamente, el nombre de “Villa galletera”, la Rentería de la fábrica Olibet y de sus Marías que creo yo que nunca han sido superadas (como otros productos suyos, por supuesto) y que vió crecer a su lado su competidora la Pakers, protagonistas las dos de una historia tan compleja como sencilla. Pero al igual que esa denominación antedicha le hubieran podido colocar, con perfecta idoneidad, otras definiciones o nombres porque podría hablarse de papeleras, y de esmalterías, y de linos, y de alcoholeras, y de fundiciones, etc, etc. La multiplicidad de estas industrias, todas más o menos boyantes, contribuyeron a que la fisonomía de la Villa fuera tomando un tinte, cada vez más acentuado, de grisáceas tonalidades fabriles. Recuerdo que era la Rentería primaria, casi en estado virginal, con su Zumardi en paralelo con el río y donde todos los muchos juegos que una mente infantil es capaz de inventar, se practicaban. Doy en pensar, aunque no sé bien del todo lo que ocurría en la Rentería de la preguerra, que, como en otros pueblos pequeños, la voluntad colectiva tendía a escindirse en dos, es decir, dos tribus, dos ideologías, dos sentires, tanto en lo deportivo como en lo político, por no señalar más que esas dos facetas de las muchas posibles, que sí que había otras facciones pero, en la consideración general solamente existían esas dos, más diversificado todo en lo aparente que en lo real pues, en cierta medida, ambos sentires ideológicos habían nacido de una cepa común por mucho que les costare reconocerlo a unos y a otros.

Volviendo a nuestro buen amigo Ramón Múgica, yo lo veo como perteneciente a un indigenismo renteriano de la mejor ley, con unos distintivos específicos muy contrastados e incurso en una generación y en un grupo muy participativo de las mismas esencias renterianas, cuyo epicentro lo colocaría, posiblemente, en la Sociedad Urdaburu, que acaso no sea tan casual ni tan convencional el colocar la actividad montañera como eje principal de otros procederes muy significativos de este grupo y de esta generación, vocados también, casi obligadamente, al cultivo de la música coral, y, por supuesto, a todo aquello que incluyera un quehacer mental y una curiosidad intelectual, porque son éstos, ejercicios espirituales que necesitan de un basamento material para sustentar la precisa nervatura y rigor, y aunque lo diga yo desde la ignorancia de ese sentimiento, puedo pensar sin embargo que, acaso, desde la serenidad de las alturas, desde el esfuerzo de las caminatas, desde la amistad desarrollada en tantas y tantas expediciones por veredas y senderos montañeses pueden haberse fraguado muy especiales condiciones para dar un saldo muy positivo y señero. Se trata, pues, de una noble generación cuyos componentes van desapareciendo por ese condicionamiento de una superior ley que tiene que ver con el paso del tiempo, que tantas veces se nos hace tan difícil de aceptar que nos parece cruel y hasta injusta cuando se trata de la justicia misma y de muy benevolentes aspectos, que habría

que atender, en todo caso, a ese filósofo del hedonismo, tan mal entendido desde la incuria del pensar cómodo que ha pasado a la historia como propugnador de una moral del placer materialista cuando sus ramificaciones van tan lejos que abonan la raíz de nuestras apetencias más espirituales. Decía, pues, Epicuro, y sus palabras quedan fijadas en el lábaro de lo que nunca deja de significar un sentido justicieramente certero, que *“acostúmbrate a pensar que la muerte nada es para nosotros, porque todo bien y todo mal residen en la sensación y la muerte es privación de los sentidos”*. Por lo cual el recto conocimiento de que la muerte nada es para nosotros hace dichosa la mortalidad de la vida, no porque añada una temporalidad infinita sino porque elimina el ansia de inmortalidad. Nada temible hay, en efecto, en el vivir para quien ha comprendido realmente que nada temible hay en el no vivir, que, *“así pues, el más terrible de los males, la muerte, nada es para nosotros porque cuando nosotros somos, la muerte no está presente, y cuando la muerte está presente, entonces ya no somos nosotros”*, que me parece a mí que es éste un pensamiento al que no se le ha dado la suficiente proyección, antes bien se le ha ahogado entre lianas de religiones que han desmesurado el temor y el terror en vez de despejar angustias, que parece que han tenido especial empeño en favorecer a psicólogos y psiquiatras que, antes que nada, se preocuparon de hacerlos surgir de entre los de su propio credo y mantener de esta manera un dominio total sobre las almas, que si no hubiera sido así y se hubiera dado el debido desarrollo a las realidades de la muerte, se hubieran despejado la mayoría de los problemas que aquejan a los humanos en el discurrir de su breve existencia.

Los renterianos de siempre guardarán recuerdo, seguramente, de esa generación local de honda y noble prosapia, cuyos dos últimos viajeros al otro lado del tapiz, creo recordar que han sido Antontxu Sainz y Ramón Múgica. De este último, mis recuerdos ascienden aún algo más que hasta su persona hasta la figura de su padre, don Benito, un gran hombre en toda la plenitud de su apariencia física complementada con una calidad espiritual de singularísimos perfiles. Y si de don Benito paso a su hijo Ramón, cómo olvidar las largas charlas semanales con él tenidas en su paseo por la carretera circular del valle de Oyarzun que parece que sentía él como una deleitosa oxigenación de su ser todo en su caminata y que era como una práctica alquímica, ya que iba haciendo grato lo que, en realidad, era costoso trabajo, que en eso consiste, precisamente, el poder más noble de la imaginación, en transmutar lo arduo en lo ligero, lo ingrato en lo placentero.

De la ejecutoria renteriana de Ramón, sabrá más que yo, cualquier otro indígena de esta Villa fabril. Me queda, como último apunte de esta mi divagación por terrenos de lugares y de hombres, recordar nada más que la misma resurrección de esta revista, en sus posibilidades materiales al menos, es favor debido a Ramón, que procuró atar un nudo roto y lo hizo con acierto indiscutible poniendo en marcha esta publicación que honra a un pueblo. En un ¡adiós, y hasta pronto!, se condensa mi saludo hacia el buen amigo que, por ley de vida y, es conveniente volver cuantas veces sea preciso al sentir epicúreo, se nos fue este año pasado.